

EN TEORÍA

Hermosas, cariñosas y pacientes

por Adela Turín*



Tras unos textos y unas imágenes aparentemente inocentes, los libros para niños contribuyen con eficacia a perpetuar la segregación sexual propia de una cultura machista como la nuestra.

En las líneas que siguen, Adela Turín, creadora de una de las colecciones de libros feministas de mayor impacto, A favor de las niñas, polemiza sobre la representación tópica de la mujer en la literatura infantil.

LOLA ANGLADA. NARCÍS. POLÍGLOTA, 1930.



La literatura infantil parece tener como mira principal el «hacer que se acepte» la valoración que la sociedad da de los dos sexos, hacer que se consideren fatales las «diferencias» entre el carácter y el comportamiento de hombres y de mujeres y el identificarse con estas características.

Ya a los cuatro años, cuando llegan al parvulario, los niños están en disposición de distinguir los roles y de identificarse con ellos; los varones ya saben que su papel principal será el de ganar dinero, las niñas sienten que su destino será la casa, las tareas domésticas y los hijos. Esta diferenciación, que se halla implícita en todo aquello que los rodea, que se trasluce en las actitudes y en el discurso de los adultos, llega hasta ellos explícita por medio de los álbumes ilustrados, los cuentos y las fábulas.

La clasificación que atribuye a los varones un valor intrínseco más elevado, facultades intelectuales y dotes físicas más relevantes y que reduce a las niñas a una situación subalterna de opacidad y de pasividad, se halla interiorizada incluso en los niños más pequeños, y toda la sociedad, toda la educación continuará desarrollándola del modo más flagrante, pero también del modo más sutil, con mensajes brutales y explícitos, pero sobre todo con mensajes simbólicos. Sólo el análisis minucioso, la observación despiadada del material destinado a la infancia, puede permitirnos descubrir todos los canales por los que circula el adiestramiento para los papeles sexuales.

El mensaje sexista reside en la ilustración

Con suma frecuencia, en los libros más modernos, el mensaje sexista está

confiado a la ilustración. En los álbumes destinados a los niños pequeños —esos niños que, después, pasarán precisamente horas mirando las imágenes en busca de los detalles que confirmen su identidad sexual— ninguna representación es inocente. La clásica escena de una mujer que, flanqueada por dos niños, saluda alegremente en la puerta de su casa a un hombre que se dirige deprisa hacia un automóvil, con una cartera en la mano, puede ser comentada con la mayor inocencia: «el señor y la señora Rossi viven en una hermosa casita en las afueras de la ciudad», por ejemplo. Pero el mensaje es mucho más complejo: la señora Rossi, que lleva un delantalito que simboliza sus funciones, está de pie en el límite extremo de su territorio —la casa—, con los pies en el borde del umbral. Los niños son, casi siempre, dos: el varón es más alto; la niña, graciosa, es pequeña, y la mamá, con un gesto protector, le rodea el cuello con un brazo. Varón y hembra reproducen el esquema fuerza-debilidad, con frecuencia acompañado y completado con otros atributos: el niño tiene un gran perro, de los que, tradicionalmente, simbolizan la lealtad y la fidelidad; la niña tiene en los brazos un gatito, animal considerado infiel, misterioso, traidor. He aquí, pues, cómo la escenita se complementa con símbolos de la virtud viril y de los inquietantes defectos femeninos. En cuanto al señor Rossi, queda claro que es un hombre dinámico, activo. En su cartera lleva papeles importantes: él pertenece al mundo exterior, al mundo donde suceden las cosas. El automóvil es suyo, y nos lo imaginamos regresando a su casa por la noche para sentarse a la mesa rodeado de su hermosa familia. Durante aquella jornada, la señora Rossi habrá limpiado,

ido a comprar (sin automóvil), lavado, planchado, cocinado, cuidado y educado. La noche será mejor, se habrá quitado el delantalito y será un bello objeto que el señor Rossi mirará con orgullo y deseo. Los libros infantiles están llenos de imágenes como ésta, acompañadas de textos inocentes.

Según algunos datos recogidos por Maccoby en 1966, las niñas tienen, de entrada, capacidad de aprendizaje y de realización superiores a las de los varones, pero, poco a poco, conforme se efectúa el proceso de socialización, se retrasan y son superadas por sus varones coetáneos. Los libros tienen en este proceso un papel importantísimo: proporcionan a los niños clarísimas instrucciones de comportamiento y de elección.

Ausencia de imágenes femeninas

Una de las primeras observaciones que surgen cuando se analizan, des-

LOLA
A.

LOLA ANGLADA. NARCÍS. POLÍGLOTA, 1930.



de el punto de vista de los papeles sexuales, los libros infantiles, es la ausencia de imágenes femeninas. Los protagonistas son muchachos, hombres, animales macho. Las mujeres, que ya en el texto desempeñan papeles insignificantes, raramente aparecen representadas. Después, todavía aparecen más raramente en los títulos: según la investigación efectuada en el catálogo de uno de los editores de libros infantiles más relevante, *Golden Books*, resulta que la proporción de nombres masculinos y femeninos en los títulos es de ocho a una, pese a la presencia de clásicos como *Cenicienta*, *Blancanieves*, *Capercita Roja*, etcétera.

Las niñas, cuando existen, las más de las veces son personajes secunda-

rios y pasivos: juegan tranquilas en un rinconcito, miran a través de una ventana, saludan desde detrás de una cerca o acompañan, reacias y medrosas, a los varones en sus aventuras.

Las princesas están a menudo presentes; premio codiciado de los vencedores, no tienen nada que decir y son descritas como objetos bellos y lujosamente vestidos. Acaban por amar a sus esposos, a los que son concedidas por el padre sin ser consultadas, y los miran partir de caza o hacia la guerra a través de angostas ventanas. Algunas veces sirven suntuosos manjares en la mesa de su padre emperador.

Amar, mirar y hacerse útiles parecen ser las únicas actividades de las mujeres y de las niñas en los libros infantiles, como, por otro lado, en gran parte de la literatura para los adultos.

En toda novela del siglo XIX hay una mujer en la ventana. Las niñas detrás de una ventana, con frecuencia bañada por una lluvia-llanto, son innumerables en los textos y, sobre todo, en las imágenes destinadas a la infancia.

Amar, mirar, ayudar: la madre compra, da de comer, mira el termómetro junto a un niño enfermo, instruye. Hasta principios de siglo; después, muere casi indefectiblemente. Hemos leído cientos de narraciones de finales del pasado siglo y de principios del nuestro en las que la madre muere joven: de fiebre puerperal, de tuberculosis, de exceso de trabajo, de pronto, si es pobre, y de tristeza y males misteriosos, si no lo es. El marido y los hijos quedan desolados; las hijas están dispuestas para el relevo: no hay tiempo para lamentaciones, ya en su lecho de muerte la mamá encomienda a la hija, a menudo jovencísima, casa, padre y hermanos.

En estos libros también las niñas mueren: la vida de las mujeres es breve. Son «seres frágiles», «llamas que un viento apaga», «delicadas florecillas que se mustian», «fugaces rayos de sol», etc.

En las siniestras láminas que acompañan estos cuentos infantiles, las niñas, una vez muertas, sobre todo si son rubias y delicadas, se convierten en excitantes supermóviles: las urnas suelen ser de cristal como la de la pálida *Blancanieves*.

Los silabarios de la misma época son buenos ejemplos del condicionamiento a los roles. En uno de ellos, la *a*, no se sabe por qué, va acompañada de la



LOLA ANGLADA. NARCÍS. POLÍGLOTA, 1930.

imagen de una hermosa niña, elegantísima, que contempla una muñeca. La *b* es una niña formalmente sentada: sabemos que se llama Bona y que le gustan las pompas de jabón. En compensación, Bobino ha robado un pastelito. La *c*, en cambio, es Ascanio, que brinca por los campos, y Cencio, que alza su cometa. *Gli, gle, sgra, sgro* es una niña que ayuda a su madre a desgranar guisantes. Luego, la *h* es una niña desolada, sentada en la sillita de costumbre, y que declara patéticamente que es muda.

Los años setenta

Esto en los años veinte y treinta. En los años setenta, en cambio, un libro de refinada gráfica nos enseña que «fuera» es un niño subido en un árbol y que «dentro» es una niña que juega, una vez más, junto a una ventana.

En el mundo de los modernos libros ilustrados, los niños son activos, las niñas pasivas sin excepción. Las narraciones nos hablan de muchachitos y de hombres que llevan a cabo empresas colectivas que exigen solidaridad: la amistad masculina, mitificada por la literatura, es un tema recurrente en los libros de aventuras.



LOLA ANGLADA. NARCÍS. POLÍGLOTA, 1930.

Las mujeres y las niñas raramente son representadas mientras trabajan o juegan juntas. Como si entre ellas no existieran lazos afectivos ni supieran

vivir sin los hombres. Para las niñas, en este mundo de los libros y de las ilustraciones, hallamos dos modelos: la mamá buena y paciente, que por fortuna no muere con tanta frecuencia, y la tía soltera por fea (en general con gafas), que trabaja, adora a los sobrinos y está visiblemente triste porque no tiene un marido y unos hijos suyos.

Para el hombre, en cambio, hay modelos variados e incluso inconformistas: aparte del papá que sube al auto con una cartera en la mano, y que es comerciante, empleado de banca o ministro, está el tío artista, el abuelito sabio y filósofo, el vecino de casa, hábil en el bricolage y perezoso, y tantísimos otros.

¿En estas condiciones, cómo asombrarse cuando los psicólogos infantiles nos dicen que las niñas tienden, a cualquier edad, a no identificarse con el rol femenino, mientras los niños se identifican fácilmente, como norma, con el rol masculino? ■

* Adela Turín es la creadora de la colección A favor de las niñas.



LOLA.
A

LOLA ANGLADA. NARCÍS. POLÍGLOTA, 1930.